

Ferran Mascarell

Una nación en busca de Estado

Lo escribió Kundera: "Todas las previsiones se equivocan, es una de las escasas certezas de que disponemos los seres humanos". Sin embargo, me atrevo a hacerles una previsión: el actual desorden de la política española sólo terminará cuando Catalunya encuentre por fin el Estado que anda buscando. Los referéndums son el aspecto más efervescente de una cuestión de fondo, enormemente compleja y peliaguda: Catalunya, una nación vieja, se ha empeñado en encontrar el Estado moderno que le conviene.

Mi previsión es pues que la primera década del siglo XXI será señalada como aquel momento en el que los catalanes asociaron definitivamente su vieja voluntad de reconocimiento nacional a su necesidad de contar con un Estado adecuado.

A los catalanes de 1800 no les quedó más remedio que ceder poder político a cambio de poder económico. Sin embargo, los catalanes de 1900 se verbalizaron como nación. Ahora, los de la primera década del siglo XXI pasarán a la historia como quienes comprendieron que una nación sólo puede hacer frente a sus retos con un Estado eficiente y propio. Único o no, se verá. En cualquier caso, propio y apropiado para los retos de este tiempo.

Ese es el sustrato explicativo de las cosas que están sucediendo: los referéndums, las propuestas federalistas, los editoriales conjuntos y todo lo demás. Los catalanes quieren Estado. Ese es el fondo del debate entre la sociedad catalana y la española. Los catalanes desean un Estado que garantice sus derechos, necesidades e ideales. Hace más de 150 años que lo buscan. Siempre han pretendido que se les reconociese su cultura, su lengua y también su carácter nacional. En casi todos los momentos cruciales de la historia han aceptado compartir con el resto de los españoles un Estado democrático, modernizado, plurinacional y eficiente.

Así pues, sería mejor no equivocarse el diagnóstico. La sentencia del Constitucional será importante, pero no decisiva. El fondo del asunto es infinitamente más

complejo. Los catalanes no quieren satisfacer el reflejo nacional romántico y trasnochado que algunos le atribuyen. Los catalanes quieren ser reconocidos como nación para ejercer su derecho a poseer un Estado que dé respuesta a sus retos futuros. ¿En el marco de España? Se verá. Dependerá de la España que los españoles quieran construir.

Una nación sin un estado eficiente detrás es papel mojado; no sirve para acrecentar el bienestar de los ciudadanos. Los retos presentes y futuros exigen Estado,



JOMA

poder y eficiencia. La autonomía, tal como la entienden los partidos españoles, no es suficiente. El progreso desde la desconfianza mutua es muy complicado. El bienestar, sin un Estado eficaz y bien engrasado, es imposible.

Los catalanes sabemos que el futuro necesita ideales nuevos. Estamos hartos de batallas simbólicas y defensivas. Nos aburre consumir tanta energía razonando la legitimidad de nuestros planteamientos, de nuestros derechos, de nuestro deseo de tener Estado; queremos que cuide de nuestros intereses, que sea cercano, que juegue a favor. Muchos catalanes queremos una nación más satisfactoria y sabemos que para construirla necesitamos un

Estado más democrático y mucho más eficiente. Si queremos una nación de primera precisamos un Estado de primera. Un Estado que admita la diversidad, que surja del pacto, que busque el futuro, que sea vigoroso, que esté al servicio de todos los ciudadanos, que sea propio, y si además es compartido que sea inequívocamente plurinacional, asimétrico y eficiente.

La sociedad española está terminando el ciclo de su historia que empezó con el pacto constitucional del 78. El pacto político y social que lo alumbró se ha apagado.

La España de hoy genera desafección entre un número creciente de catalanes. La Catalunya de hoy genera desconfianza en un número significativo de españoles. El Estado no acepta su diversidad nacional; la política no acierta a plantear un nuevo pacto de convivencia eficaz, la sociedad no parece capaz de pensar un futuro compartido. ¿Entonces?

El tiempo lo dirá y la actuación de unos y otros decidirá. Hoy la mayoría de los catalanes no son todavía independentistas, pero pueden serlo relativamente pronto. Los demócratas tendrán que aceptarlo.

Son tiempos nuevos. Los ciudadanos serán más exigentes, desearán vínculos de pertenencia más sólidos, más respeto a las identidades múltiples. Querrán un Estado que los defienda y les garantice la libertad, que sea eficiente, regulador, equilibrado, neutral, com-

pensado, ponderado, democrático y plurinacional; que los ayude a mejorar la vida, que les permita escoger los mejores caminos, que les permita el máximo bienestar.

Preveamos, pues, esa posibilidad: para un creciente número de catalanes España es el pasado. Es aquel lugar que no quiere cambiar; es aquel lugar donde muchos suponen que los tiempos sólo cambiaron cuando Bob Dylan los describió en una bella canción, es aquel lugar donde no se quiere entender lo que ya sabía Heráclito: lo único cierto es el cambio, nada permanece. Y menos todavía las formas de poder.●

opinio@ferranmascarell.com

Pilar Rahola



No necesitamos a nadie

Es una de las grandezas de Catalunya. Para hacer el ridículo, o para mermar las propias fuerzas, los catalanes somos tan nuestros, que no necesitamos a nadie. De hecho, podríamos incorporar a nuestros símbolos patrios dos personajes míticos, el Caín bíblico y el Saturno romano. Caín es todo un emblema porque, sin duda, el deporte nacional catalán es la caza al hermano. Y si Caín mató al hermano, Saturno gusta de devorar a los propios hijos, tanto, que Catalunya debe de ser el país más sobrado del mundo, porque desprecia sonoramente a cualquier talento que despunte de la media. Hay tantos ejemplos saturnianos, desde Victòria dels Angels, hasta Josep Maria Flotats, que me duele la pantalla del ordenador de solo recordarlo. Entre Caín y Saturno deben andar ahora las cosas, entre los diversos líderes de las consultas independentistas. No hay nada como hacer medianamente bien las cosas para que corramos a cargarnos el invento, no fuera caso que llegara a alguna parte. Y así estamos. El día después de haber conseguido el milagro de que 200.000

Entre Caín y Saturno andan ahora las cosas, entre los líderes de las consultas independentistas

personas fueran a votar, sin ningún marco institucional que los amparase, y el día después de haber conseguido preocupar a tirios mesetarios, ocupar a troyanos internacionales y alcanzar el hito de que el president Montilla dijera una frase entera, los creadores del milagro se han tirado los platos a la cabeza, han defendido su porción del chiringuito y han dado un bonito espectáculo de pelea de barro. "Ira de hermanos, ira de diablos", reza el dicho, y bien lo deben saber Alfons López Tena, Uriel Bertran y Carles Mora, más ocupados en decirse lindezas *each other* que en construir el segundo peldaño de su ambicioso proyecto.

Por supuesto, todos tienen su razón, y especialmente la debe tener Alfons López Tena, hombre de inteligencia notable y de seriedad contrastada. Afirma López Tena que los otros no han construido una plataforma cívica transversal, sino una pista de aterrizaje de un proyecto político, cuya aceleración ha estresado el proceso consultivo.

Dicho en plata, que donde ha mandado él, en la república independiente de Osona, las cosas han funcionado con precisión. Y donde han mandado los otros, el proceso ha sufrido errores de bulto. Los otros, por supuesto, se defienden, y mientras lo hacen corren raudos a presentar una iniciativa popular -cuya inmadurez será letal para el proceso- y se dejan querer por los rumores políticos. Es decir, puede que Alfons tenga razón para su monumental cabreo. Pero, con razones de unos y acciones de otros, lo que quedan son 200.000 personas que se fueron a dormir con la victoria de un acto cívico y se levantaron con la derrota de Caín y Abel tirándose del moño. Patético y triste. Debe de ser cierto que Zapatero está tranquilo. No necesita mucho para que fracasemos. Sólo necesita dejarnos solos.●

DEBATE. El cambio climático / Josep Enric Llebot

Hopenhagen

Desde hace pocos años el cambio climático es un tema de amplio conocimiento de nuestra sociedad. Tanto ha permeabilizado todas nuestras actividades que incluso ahora en los supermercados podemos comprar queso con un envoltorio que indica emisiones 0 o elegir un jabón *respetuoso* con el clima. Este hecho se puede palpar estos días en Copenhague, donde tiene lugar la cumbre del clima. Sólo salir del avión le dan al visitante un folleto que anuncia *Welcome to Hopenhagen* y las paredes de la terminal muestran al visitante paneles con las caras envejecidas de algunos líderes mundiales a los que la ficción los hace reflexionar sobre por qué no actuaron en su momento

para paliar el problema. Al lado, anuncios de grupos industriales con paisajes verdes y azules mostrando que su tecnología es la clave del futuro y en otros paneles se convoca para una manifestación o para un acto lúdico relacionado con el clima.

En este mosaico de imágenes y de sensaciones, muchos jóvenes se manifiestan por un mundo mejor desafiando el frío, mostrando al mundo y a los delegados su opinión crítica sobre algunas de las contradicciones de nuestra sociedad que nos ha llevado a la situación actual. En el recinto de la conferencia, rumores, contactos, actividades paralelas configuran un entorno un tanto peculiar donde hay una sensación de que allí se podría estar decidiendo algo importante para el futuro del mundo, al menos por unos cuantos años. Y la pregunta es, ¿qué habría que decidir?

La composición de la atmósfera determina su comportamiento al albor de la causa que la ha llevado a la situación actual y, además, es lenta, muy lenta de respuesta al menos en una escala humana. Ello hace que el proceso de cambio es ya irreversible, pero aún se puede modular su ritmo y graduar el alcance de los cambios. Este es uno de los objetivos de Copenhague. No es un encuentro científico, es una reunión política. Esta semana, con la presencia de muchos mandatarios, se alcanzará algún acuerdo, seguro. Pero si este acuerdo no incluye y vincula a todos los países del mundo, no servirá de mucho. La atmósfera no entiende de países ni tiene fronteras y si el aire se sigue alterando a la tasa de los últimos años, los cambios con los cuales ya convivimos serán mayores y, para algunos, difíciles de soportar.●